

## CAPITULO IV.

### APRECIACION DE LUIS XIV.

#### § I.—El déspota.

Si la revolucion de 1789 ha destruido la monarquía de derecho divino, no ha impedido otro despotismo, el que se funda en la pretendida voluntad del pueblo. No vamos á discutir aquí una teoría que es contradictoria en sí misma, puesto que invoca la soberanía nacional para despojar á las naciones de sus derechos más preciosos. La doctrina de la omnipotencia ejercida en nombre y favor del pueblo, puede ilusionar un momento, pero, por poco que se reflexione, se ve que implica una imposibilidad radical. Sea cual fuere el nombre que se dé á este régimen, en el fondo es el de Luis XIV. No hay más que una diferencia, y es que no se apoya ya en el derecho divino. La diferencia es grande. Mientras reinaba el derecho divino, las naciones no tenían derecho; ha sido necesaria una revolucion para consagrar su soberanía. Hoy está reconocida; si se abusa de ella contra ellas, pueden recobrarla; mientras consienten que se usurpe su poder soberano, no pueden quejarse, puesto que son cómplices de la usurpacion. Hay, pues, progreso en el despotismo ejercido en nombre del pueblo, lo cual no impide que este despotismo, mientras existe, se confunda con el poder real de Luis XIV. Un individuo sigue diciendo: el Estado soy yo. Pretender que el poder absoluto, cualquiera que sea su origen, se ejerza segun el interes general, es una contradiccion moral. El despotismo es el egoismo encarnado; y ¿cómo se

ha de convertir el egoismo en sacrificio? ¿Se dirá que el interes de la nacion se confunde con el egoismo real? Responda á nuestra pregunta Luis XIV, el más brillante de los déspotas.

Se ha dado á Luis XIV el título de Grande; los Franceses sus contemporáneos, casi lo han deificado. ¡Veamos qué ha hecho de la Francia el gran rey. Un triste espectáculo llama la atencion del historiador en el siglo XVIII, la decadencia del sentido moral; y principalmente en Francia se manifiesta con una especie de cinismo. Los partidarios de lo pasado echan la culpa á la filosofía, y la declaran responsable de una desmoralizacion que amenaza corromper hasta las fuentes mismas de la vida. No reflexionan que el movimiento filosófico data de la segunda mitad del último siglo, al paso que la desmoralizacion estalló desenfrenada desde la muerte de Luis XIV. Nosotros creemos que el poder real es responsable en gran parte de este mal. El despotismo y la inmoralidad van siempre juntos; Luis XIV nos explica la razon en sus Memorias: «Cuando se puede todo lo que se quiere, no es fácil no querer más que lo que se debe» (1). Se condenan los desórdenes de Luis XV. El gran rey es más culpable que su biznieto, porque la corrupcion elegante es mucho más funesta que la crápula; la primera es fácilmente contagiosa, al paso que la otra inspira aversion. ¿Qué ejemplo dió Luis XIV sobre el primer trono del mundo? Hizo gala de sus adulterios, y les dió la consagracion de la ley, si puede darse el nombre de ley á actos que son el trastorno de todo derecho. Sabido es si cundió el ejemplo. El gran rey encontró imitadores de su inmoralidad, así como de su despotismo, donde quiera que hubo un príncipe que tuviese el poder de hacer su voluntad.

Corromper las costumbres no es el medio de elevar las almas. Por otra parte, ¿cómo no había de degradar á los hombres el despotismo? Escuchemos á aquellos escritores contemporáneos á quienes no cegó la grandeza aparente de Luis XIV. El marqués *de la Fare* dice que la autoridad absoluta que hace la grandeza y la felicidad del príncipe, hace el envilecimiento de la nacion y de los más nobles espíritus; «porque el poder despótico se compadece

(1) *Memorias de Luis XIV*, t. II, p. 81.



mal con los grandes talentos y las grandes virtudes, siendo la sumision ciega, impropia de los grandes genios, la principal de las cualidades que en tales circunstancias contribuyen á la fortuna de los hombres.» *Saint-Simon* fué testigo de aquel rebajamiento de las almas; lo pinta con el pincel de Tácito: «El ingenio, la nobleza de sentimientos, la conciencia y respeto de sí mismo, la grandeza de corazon, todo esto para Luis XIV es sospechoso y detestable» (1). Puesto que el rey tenía aversion á la grandeza de alma, puesto que le agradaba y buscaba el servilismo, era inevitable que los hombres que deseaban agradarle se humillasen hasta el servilismo. Durante mucho tiempo esta influencia funesta pasó desapercibida; pero cuando en los últimos años del gran rey la Francia se vió abrumada por la Europa, se buscaron hombres, y no se los encontró: «La inanición, dice *Saint-Simon*, era el gran mal de la Francia. En todas partes dominaba una costumbre servil, que, al menor fruncimiento de cejas, hacía temblar á todo el mundo, y principalmente á los que podían figurar en primero ó segundo termino» (2).

Voltaire, queriendo elevar un monumento á la gloria de Luis XIV, dió el título de *siglo de Luis XIV* á la época que vió florecer los más bellos genios en todas las esferas de la actividad humana. No faltan grandes hombres en el reinado de Luis XIV, pero falta saber si reciben su grandeza del rey, ó si el rey ha usurpado la gloria que les corresponde. Hoy que el culto del poder real ha desaparecido, como todas las antiguas supersticiones, apenas merece la pena de plantear esta cuestion. Ya en el siglo último, un príncipe, grande por sí mismo, ha dado la respuesta: «La grandeza de Luis XIV, dice Federico II, era obra de sus ministros y de sus generales» (3). Hay que ir aún más léjos. Los reyes, aún cuando tengan talentos medianos, pueden tener un mérito: el de escoger los hombres de talento para dejarles la direccion de los negocios. Ni aún este mérito puede reconocerse en Luis XIV. A su advenimiento encontró generales, ministros, di-

(1) *Memorias del marqués de la Fare*, (PETITOT, LXV, p. 152.)—*SAINT-SIMON*, VIII, 77.

(2) *SAINT-SIMON*, *Memorias*, t. IX, p. 314.

(3) FEDERICO II, *Memorias de Brandeburgo*, (*Obras completas*, t. I, p. 93.)

plomáticos de primer orden; se habian formado en la larga lucha de la Europa contra la casa de Austria; no fué él quien hizo los Turenas y los Condés, los Colbert y los Lionne. Cuando aquella generacion pasó, ya no se vieron más que vanidosas medianías, como pueden nacer bajo la proteccion de un príncipe á quien ofendia toda grandeza, porque veia en ella una disminucion de la suya. Escuchemos al marqués *de la Fare*: «Aunque en estos treinta años se han hecho grandes cosas en este reino, no se han hecho grandes hombres ni para la guerra ni para el ministerio; no porque haya faltado talento natural á todo el mundo, sino porque la córte no lo ha reconocido ni empleado. Imitador de los reyes de Asia, solamente la esclavitud fué del agrado de Luis XIV, y despreció el mérito. Prefirió las gentes de poco talento, pensando que las dirigiria y daria mejor á conocer sus grandes talentos» (1).

Oigamos á *Saint-Simon* acerca de aquel exceso de orgullo que raya en locura: «Sus primeros ministros y generales habian excitado su envidia, porque no habia podido dominar sobre ellos. En lo sucesivo, se guardó bien de escoger otros que pudieran darle la misma envidia. Hasta procuró escoger gentes medianas, y se daba la razon diciendo que los buscaba para formarlos. Eligió sus generales lo mismo que sus ministros. Se preciaba de conducirlos desde su gabinete, y queria que se creyese que desde su gabinete dirigia todos los ejércitos.» En otro lugar nos da á conocer *Saint-Simon* otra razon por la cual buscaba Luis XIV las medianías; queria adoradores, devotos suyos: «Las alabanzas, mejor dicho, las lisonjas, le agradaban tanto, que admitia perfectamente las más groseras, cuanto más bajas mejor..... La flexibilidad, la baja, el aire de admiracion sumiso, rastrero, y principalmente el aire de esperar todo de él, era el único medio de agradarle.» ¿Cómo hubiera podido vivir en aquella atmósfera, no ya un hombre de genio ó de talento, sino un hombre que se respete?

Se dirá que *Saint-Simon* es un partidario de la fronda, un descontento, y que recarga de color sus pinturas. Admitámoslo. Pero los hechos confirman sus sátiras. ¿Qué eran los generales de la

(1) *Memorias del marqués de la Fare*, en PETITOT, t. LXV, p. 152, 235, 270.



guerra de sucesion? *Saint-Simon* los ha retratado del natural: «Eran generales de capricho, de fantasía, de favor, de salon, á los cuales, como á sus ministros, creía el rey que les daba la capacidad al darles el nombramiento» (1). ¡Ay de los hombres que pretendían conservar su independencia de espíritu ante el gran rey! Su desgracia era segura, por muchos servicios que hubiesen prestado ó pudiesen prestar todavía. A los que admiran el poder absoluto ejercido en beneficio de los pueblos, les recomendamos el ejemplo de Vauban. Sabido es que el ilustre general cayó en desgracia por haber publicado su *Diezmo real*, es decir, por haber querido aliviar al pueblo de las exacciones de los hacendistas, á la vez que mejoraba los intereses del fisco. «El rey, dice *Saint-Simon*, olvidó sus servicios, su capacidad militar, única en su género, sus virtudes. No vió en él más que un insensato por amor al público y un criminal que atentaba á la autoridad de sus ministros, y por consiguiente á la suya. Vauban fué llevado al sepulcro por la amargura del dolor, por lo mismo que lo colmó de honores, y que, en cualquiera otra parte que no fuese Francia, hubiera sido un mérito que le hubiera abierto las puertas del favor.» ¡Hé aquí cómo se confunde el poder absoluto con los intereses de la nación! ¡Los que se declaran por la nación son tratados como culpables de lesa majestad real! Luego es cierto que «Luis XIV tuvo siempre presente su persona, que no se hizo nada por consideracion al bien del Estado» (2).

La Sagrada Escritura dice que el árbol debe juzgarse por los frutos que da. En apariencia el despotismo de Luis XIV dió á la Francia la gloria y la grandeza. Pero cuando se dejan á un lado las brillantes exterioridades, cuando se deja la corte de Versalles para penetrar en las provincias, la escena cambia de un modo singular. A fines del siglo XVII, cuando Luis XIV estaba en el apogeo de su poder, ántes de los desastres de la guerra de sucesion, los intendentes dirigieron memorias al duque de Borgoña. No son enemigos, son servidores adictos del rey. Pues bien, todos hablan de la decadencia creciente de la nación, como de un hecho

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. III, p. 267.

(2) IDEM, *ibid.*, III, 391, 394.—LA FARE, en PETITOT, t. LXV, p. 270.

conocido y ya antiguo: «La poblacion ha disminuido mucho desde hace un cierto número de años, dice uno; esta ciudad, en otro tiempo rica y floreciente, se encuentra hoy sin industria, dice otro. Ha habido manufacturas en la provincia, dice un tercero, pero hoy están abandonadas. Otro exclama: Los habitantes sacaban de su suelo en otro tiempo mucho más que hoy; la agricultura estaba infinitamente más floreciente hace veinte años. La poblacion y la produccion, decia por el mismo tiempo un intendente de Orleans, han disminuido en una quinta parte en treinta años.» «Deberia aconsejarse, dice *Tocqueville*, la lectura de estas memorias á los particulares que ponderan el gobierno absoluto y á los príncipes aficionados á la guerra» (1).

De suerte que la Francia se hallaba en plena decadencia en medio del glorioso reinado del más grande de sus reyes. ¡Y se pregunta todavía cuáles fueron las causas que provocaron la revolucion francesa! Se echa la culpa á los filósofos. ¿Son los filósofos los que arruinaron la Francia por la intolerancia y la guerra, por el despotismo y las fabulosas profusiones de la corte, que la miseria misma no pudo contener? Pero, se dice, la filosofía encendió las malas pasiones con sus detestables doctrinas; ella corrompió las almas, quitándoles el amor y el temor de Dios. La historia imparcial responderá que los filósofos encontraron las almas sin religion, que sus ataques contra el cristianismo no produjeron la irreligion, que son una manifestacion del mal y no una causa. Si se quieren buscar los maestros de la irreligion, hay que buscarlos en el trono. Luis XIV fué un príncipe muy religioso, si se atiende al clero, que no se cansaba de elogiarlo. Escuchemos á hombres cuyos sentimientos no pueden ponerse en duda. En la famosa carta á Luis XIV, atribuida á Fenelon, se lee: «No amais á Dios, no le temeis más que con un temor de esclavo; porque lo que temeis es el infierno y no á Dios. Vuestra religion no consiste más que en supersticiones, en pequeñas prácticas superficiales. Todo lo subordinais á vos, como si fueseis el dios de la tierra.» Su orgullo era tal, añade *Saint-Simon*, que, á no ser por el temor del diablo, que Dios le conservó, áun en medio de sus mayores desórde-

(1) TOCQUEVILLE, *El Antiguo régimen*, p. 259.



nes, se hubiera hecho adorar, y hubiera encontrado adoradores» (1). Hé aquí la religion de los reyes. En otra parte diremos los excesos de hipocresía que produjo la afición de Luis XIV á las prácticas del catolicismo, y la incredulidad provocada por esta religion postiza. El gran rey habia enseñado tan bien la religion con su ejemplo y su autoridad, que á su muerte hubiérase dicho que habia ocupado el trono un filósofo materialista.

A donde quiera que miremos encontramos en los mayores excesos de la era revolucionaria la influencia perniciosa del despotismo real. ¿Por qué la revolucion, tan pura y tan santa en 1789, degeneró tan rápidamente? ¿Por qué olvidó tan pronto que era un movimiento hácia la libertad? ¿Por qué abdicó sus derechos á los piés de un soldado, que le dió en cambio una falsa igualdad? ¿Por qué la funesta tendencia á sacrificar la libertad á la igualdad produjo los extravíos del socialismo? En todos estos extravíos se ve la mano del despotismo. Es el espíritu del imperio romano, la unidad, igualdad de todas las clases, de todos los individuos, bajo la autoridad absoluta del Estado, llámese rey, república ó emperador. Pero ¿qué es la igualdad sin la libertad? Una vana palabra que oculta la servidumbre. Pues bien, ¡la funesta tendencia al socialismo aparece en la monarquía de Luis XIV! No es una paradoja el transformar al gran rey en socialista. ¿No nos ha dicho él mismo que el rey ó el Estado es el único propietario de todas las tierras del reino, que los particulares no tienen más que la posesion, que el príncipe puede en todo tiempo disponer de ellas segun su voluntad? Luégo es cierto que el socialismo tiene sus malas raíces en el despotismo real (2). De suerte que la monarquía absoluta hizo más que provocar á la revolucion por sus excesos, por sus pasiones, por sus abusos; legó ademas á la era revolucionaria las funestas doctrinas, que llevarian la sociedad al abismo si pudieran realizarse. Hé aquí lo que hizo Luis XIV por el bien de la Francia. Sigámonse un momento en los campos de batalla.

(1) MARTIN, *Historia de Francia*, t. XIV, p. 188.—SAINT-SIMON, VIII, 89.

(2) TOCQUEVILLE, *El Antiguo régimen*, p. 288.

## § II. — El conquistador.

El abogado *Aubry* dice en su tratado *de los derechos del rey sobre el imperio*, «que la posteridad señala de una manera poco ventajosa á los príncipes débiles ó desgraciados, á la par que se interesa en la reputacion de los otros que han trabajado con éxito en el engrandecimiento del Estado, conservándoles con una especie de religion los títulos de *grande*, de *augusto* y de *conquistador*» (1). No hubiéramos trascrito estas palabras de un escritor oscuro, si fueran la expresion de una opinion individual; pero puede decirse con verdad que el abogado del rey era el órgano de la nacion. Este mismo pensamiento fué proclamado en la tribuna de la Asamblea constituyente por un orador, celebrado como el intérprete y el defensor de la Iglesia: «Luis XIV, dice el abate *Maurry*, es siempre *digno del nombre de grande*, puesto que ha engrandecido á su país» (2). Admira encontrar semejante máxima en boca de un cristiano. ¿Quién no ve que de esta manera se justifica y glorifica el éxito, es decir, la fuerza? ¿Quién no ve que hace consistir la grandeza, no en los sentimientos que inspiran á los príncipes, sino en el hecho brutal de la victoria? Los hombres han creído siempre que habia en las victorias un elemento divino; y tienen razon en el sentido de que en los acontecimientos históricos hay que atribuir tanta parte á Dios como á los hombres. Dios señala los límites de los imperios, á él deben agradecer las naciones su grandeza. En cuanto á los príncipes, se los debe juzgar, no segun las batallas que han ganado, ni segun sus conquistas, sino segun las reglas de lo justo y de lo injusto. Si se apreciase á los reyes como quieren *Aubry* y *Maurry*, habria que declarar que Atila y Gengiskan son grandes por excelencia, siendo así que la conciencia humana no les concede más títulos que el de azotes de Dios.

No preguntaremos si Luis XIV en sus guerras incesantes se ha

(1) AUBRY, *De las justas pretensiones del rey sobre el imperio*, p. 35.

(2) *Moniteur* del 21 de Junio de 1790.